

duda que la catástrofe comenzaba. Levantóse en muchos puntos de la ciudad una confusa gritería, un fatídico alarido; en unos de espanto y horror, en otros de rabia y despecho saludando al primer mensajero de incendio y devastacion. Pero un momento despues, sobrevino un silencio profundo, cual si Barcelona hubiese dejado de existir. Es imposible formarse idea de lo que estaba sucediendo; es imposible concebir toda la barbaridad, todo lo gratuito y voluntario de aquella atroz medida, á no haber estado dentro de la ciudad en aquel formidable trance; á no haber recorrido sus calles durante las aciagas horas. Espartero se complacia en bombear una ciudad abandonada, donde apenas existian enemigos á quienes combatir, donde no habia un jefe obstinado á quien fuese preciso doblegar. Bastaba dar una ojeada en todas direcciones para convencerse de que nadie mandaba: ningun medio de defensa; ningun resguardo contra los proyectiles; todas las puertas cerradas; ninguna proteccion para socorro de los transeuntes; nadie podia contar sino con sí mismo, porque faltaba la autoridad tutelar que en semejantes casos disminuye las desgracias y hace menos horrible el infortunio. Y suerte que todavía hubo quien providenció para acudir á los incendios que tan pronto se presentaron y que con tal rapidez se propagaban; pero tal era la situacion de la ciudad, tal la falta de medios y prevenciones, que si al día siguiente hubiese continuado el bombardeo, es probable que sufriera Barcelona un espantoso incendio que la borraría del mapa de España.

Pero nó, no era posible que continuasen las bombas otro día; á muchas leguas al rededor se oía el estruendo del cañon; la sangre de los catalanes hervia en sus venas; los pueblos se conmovian; la compasion excitaba el furor y la rabia contra el autor de tamaña catástrofe. Si Van-halen no mandara suspender el fuego, si no aprovechara el primer momento de penetrar en la ciudad, quizás un somaten general anunciara el momento de una conflagracion espantosa, y la crueldad obcecada habria experimentado lo

que puede la cólera de los catalanes tan indignamente provocada. Mas diremos, Barcelona se rindió, abrió las puertas á las tropas, nó precisamente por los proyectiles de Monjuich, sino por hallarse sin un caudillo que la alentase y dirigiese; por ver que aquella resistencia era estéril, sin ni aun remota esperanza de algun resultado. No sabemos lo que le habria sucedido si en aquella tarde hubiese desembarcado alguno de los caudillos que llegaron en junio á las costas de Valencia; si se hubiese difundido la voz de que Narvaez, ó Concha ú otro general afamado acababan de llegar á la ciudad y de encargarse del mando, y que recorria los puntos de la muralla. Una chispa eléctrica arrojada sobre un monton de pólvora no hubiera producido un efecto mas vivo é instantáneo; los hombres mas pacíficos hubieran corrido á las armas, y hubieran clamado que se los condujese al encuentro del bárbaro que tan impunemente incendiaba sus hogares. Porque era cruel, era atroz, era desesperante, el pasar las horas con los brazos cruzados, oyendo un estallido y otro estallido, un zumbido y otro zumbido, y un estruendo y otro estruendo; y ver que unos edificios se desplomaban y que se incendiaban otros, y que se estremecian todos; era desesperante el estar aguardando el momento fatal en que el proyectil caeria envolviéndonos en las ruinas de la habitacion sin poder resistir, sin saber á dónde atacar, viendo de una parte una montaña inexpugnable vomitando hierro y fuego, y de otra al hombre feroz que contemplaba con cruel sonrisa su obra de devastacion y de luto.

RÍNDESE BARCELONA, Y ENTRAN LAS TROPAS;

MARCHA EL REGENTE Y SE VUELVE A MADRID.

Rindióse la ciudad, entraron las tropas; mas parecia imposible que el Regente que habia venido en persona á sojuzgarla, se volviese á la capital de la monarquía sin

haber visto con sus ojos las desgracias que acababa de causar. Hizolo así no obstante; siguiendo una línea de conducta tenebrosa, suspicaz, indescifrable, se mantuvo encastillado en Sarriá, sin que los barceloneses supieran de su existencia, sino por algun decreto que los afligia. Sin hablar á Barcelona, sin hablar á Cataluña, sin hablar á la nación, y despues de tan graves y tan dolorosos acontecimientos emprende su camino de Valencia, silencioso, mudo, como avergonzado de lo que acababa de hacer, y llevando en su corazon un punzante remordimiento, y presintiendo quizás su propia ruina, corre á distraerse pasando por debajo de los arcos de carton, que á despecho del pueblo de Valencia le ha preparado uno de sus mas humildes servidores. Espera una ovacion, saluda á los circunstantes, se esfuerza en inspirarles entusiasmo; ¡vanos esfuerzos! los valencianos veían á la espalda del Regente la llama de los edificios de Barcelona. Cuando el grito de los desgraciados hacia estremecer á la nación entera, mal podia ser vitoreado por hombres generosos el que tan gratuitamente habia querido ser la causa de tantas calamidades.

El agudo grito de indignacion y de horror, levantado en los cuatro ángulos de la nación al difundirse la noticia de la catástrofe de Barcelona, fué la señal de alarma para derribar un poder que afeaba la legitimidad de su origen con la negrura de su conducta. Desde entonces ni paz ni tregua; desertaron de las banderas del Regente crecido número de sus antiguos defensores; todos los partidos estaban acordes en que era preciso aventurar una batalla decisiva, ó para derribar á un poder incorregible ó para forzarle á entrar en un sendero menos indigno de la nación.

Entre tanto, cegado Espartero de una manera incomprendible, como que se esforzaba en exasperar mas y mas la indignacion pública con la arbitrariedad de sus medidas, habia impuesto á Barcelona la escandalosa erogacion de doce millones, y se empeñaba en llevar á cabo la injusta exaccion, á pesar de la resistencia que encontraba en la

ciudad. De esta suerte provocando á cada momento escenas desagradables y hasta peligrosas, dando lugar á reclamaciones de las corporaciones populares y de otras que se interesaban en el negocio, ocasionando que la prensa se ocupase de continuo de tamaña injusticia é ilegalidad, prestaba motivo á que le abandonasen hasta los puritanos constitucionales, y á que pusiesen el grito en el cielo los que se gozaban ya en la próxima ruina del odiado enemigo.

A su vuelta en Madrid, encontró una acogida fria y desdefiosa, á pesar de los amigos que por diferentes causas se habia granjeado en la corte: tanta era la fuerza de los acontecimientos, que no fué posible no diremos excitar el entusiasmo, mas ni siquiera la apariencia de la mas ligera simpatía. Habiendo entrado por la puerta de Atocha, no obstante la concurrencia atraida por la curiosidad y la hermosura del día, no pudo el bombardeador de Barcelona recabar algunos vivas de la multitud. Solo uno que otro muchacho daba de vez en cuando algunas voces, que el Regente se apresuraba á contestar con amables saludos, esperanzado de que siquiera por cortesía le habia de dirigir algunos vítores el pueblo de la heroica villa. Todo fué en vano: la multitud se mantuvo silenciosa y sombría, y fuerza le fué al Regente cesar en sus saludos y trocar su semblante risueño en aspecto grave y disgustado. « ¡Qué contraste tan significativo, decia á la sazón un periódico, presentan la entrada que ayer hizo el Regente del reino, y la que en octubre de 1840 hizo el duque de la Victoria! si este personaje que hoy rige los destinos de España comprendiera y diese todo su valor á las causas que producen tan grande diferencia, quizá cambiaria de rumbo la nave del Estado, y cesarian en gran parte los males que nos afligen. » Tan fria acogida, tan chocante diferencia entre la entrada de 1840 y la de 1843, revelaban con bastante claridad, que el Regente estaba desconceptuado aun entre los mismos progresistas, los que no querian ya lisonjear á un hombre que tenia contra sí el anatema de la nación.